

mitigacion preliminar del grande acto que tenia proyectado. El 7 de junio de 1304 iba á mostrar al mundo la bula *Flagitiosum scelus*, que no se ponen manos impunemente contra el ungido del Señor. « Si por justas causas, dice el papa, hemos » diferido hasta hoy el castigo del horrible sacrilegio cometido » en Anagni en la sagrada persona de nuestro antecesor, » tiempo es ya de que Dios mismo se levante para disipar á » sus enemigos. » Despues de este breve preámbulo, el papa cuenta en términos fuertes y doloridos los principales detalles del atentado y ultrajes hechos contra el pontífice, el robo del tesoro de la Iglesia y los crímenes cometidos en lo interior de palacio, de lo cual habia sido testigo de vista. Luego exclama: « ¿Quién será el endurecido que no derrame lágrimas? » ¿Dónde está el enemigo que no sintiera la menor compasion? ¡O crimen! ó atentado inaudito! Desventurada ciudad » de Anagni, que lo has visto sin impedirlo. ¡No caiga sobre » tí el rocío del cielo! » Benedicto XI declara en seguida excomulgados á los autores y cómplices de este crimen, á los que habian concurrido á él con su aprobacion ó consejo. Si no aparece en esta bula el nombre de Felipe el Hermoso, solo fué por miramiento, pero nadie dudaba que se le hacia alusion; pues que todos sabian que el instigador del atentado de Anagni habia sido el rey de Francia. Volvia á comenzar la lucha con nuevo ardor, cuando el digno sucesor de Bonifacio VIII fué arrebatado casi repentinamente á las esperanzas de la Iglesia y á sus grandes proyectos. Benedicto XI sucumbió á una enfermedad imprevista, que presentaba todos los síntomas de envenenamiento, un mes despues de la publicacion de la bula *Flagitiosum scelus*. Algunos historiadores han culpado á Felipe el Hermoso, pero no se ha probado jamás el hecho. La santidad de Benedicto XI se manifestó despues de su muerte con numerosos milagros, y la Iglesia le ha cano-nizado.

14. Su pontificado fué la época en que estallaron con mas furor en Florencia las luchas entre Güelfos y Gibelinos. Benedicto XI trató en vano de interponer su mediacion; su voz

quedó desatendida por las tempestades populares. En este tiempo vió sus bienes confiscados y su cabeza puesta á precio en Florencia el Dante, tan ilustre poeta como fogoso Gibelino. Obligado á abandonar su patria, se llevó consigo al destierro todo el ardor de su odio inmortalizado en la *Divina comedia*. Esta magnífica epopeya es la obra maestra de la edad media. Como la Iliada de Homero, el poema del Dante es á la vez una obra poética, teológica y filosófica. Los dogmas del cristianismo y los descubrimientos de las ciencias sobre el sistema del mundo aparecen en ella con una magnificencia de poesia igual á la del cantor de Esmirna. En la época en que pareció, la *Divina comedia* fué acogida con universal entusiasmo. Florencia, que en 1303 habia proscrito á su autor, fundó en 1373 una cátedra especial para comentar su poema. Sin embargo, fuera del mérito literario de esta obra inmortal, no pueden aprobarse las sátiras y odiosas calumnias que contiene contra los papas y príncipes de la Iglesia. No hay que juzgar de los personajes célebres de esta época por las caprichosas y malignas ficciones del poeta gibelino. Al lado del talento inmenso del poeta, excitan la indignacion de todo hombre honrado las injusticias que se permite como hombre de partido.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE V (14 de noviembre de 1305-20 de abril de 1314).

15. Los historiadores de esta época están poco mas ó menos tocados del espíritu de partido, lo que hace sospechoso su relato. Explican este estado dos razones: 1°. La lucha de los Güelfos y Gibelinos, que, cambiando de objeto y representando, no ya el partido del sacerdocio ó el del imperio, sino el de Felipe el Hermoso ó de Bonifacio VIII, nada habia perdido de su animosidad. Los Gibelinos se mostraron siempre adversarios apasionados del poder pontifical; su testimonio es poco desinteresado para ser admitido sin contraprueba. 2°. La traslacion de la Santa Sede á Aviñon, hecha definitivamente por Clemente V, descontentó hasta á los mismos Güelfos y les volvió hostiles á los papas franceses. Esta doble antipatía



explica la tendencia de los autores contemporáneos. La historia tiene que tomar en cuenta las pasiones y odios de una época; busca la verdad, y esta es independiente de partidos. Ningun pontificado ha sido mas calumniado por los Gibelinos y Güelfos reunidos que el de Clemente V. Se acusa su eleccion como resultado de un compromiso escandaloso entre él y Felipe el Hermoso. Se le acusa en persona de no haberse fijado en Aviñon sino por servil complacencia por el monarca; de haber revocado, á petición de este, todas las bulas dogmáticas de Bonifacio VIII y condenado la memoria de este hombre grande. En fin, y sobre todo, se ha incriminado su conducta en el asunto de los Templarios: se ha querido representársele como cómplice en la avaricia y exacciones reales. Responder sucesivamente á estos cargos, es dar la historia de Clemente V.

16. A la muerte de Benedicto XI se dividieron en dos bandos los cardenales reunidos en Perusa. El uno queria un papa italiano, favorable á la memoria de Bonifacio VIII: y segun la costumbre de la época se le llamó la *faccion güelfa*. El otro bando queria, al contrario, elevar al pontificado un francés afecto á Felipe el Hermoso. Por un concurso de circunstancias cuyo enlace fuera difícil abrazar, Bertran de Goth, ó Agout, arzobispo de Burdeos, prelado que no formaba parte del sacro colegio, reunió los votos de ambos partidos: gustó á los Gibelinos porque era francés; y fué votado por los Güelfos porque se habia mostrado siempre fiel á la causa de Bonifacio VIII, y porque su oposicion en las dos asambleas de los Estados generales le habia merecido ser desterrado por Felipe el Hermoso. Despues regresó á Francia y volvió á congraciarse con el rey. Todos los historiadores modernos han referido, como un hecho incontestable, que Clemente V, antes de su eleccion, habia tenido una entrevista secreta con Felipe el Hermoso en una capilla, situada en medio de la selva de San Juan de Ángely. Que allí se firmó por el arzobispo una promesa solemne, por la cual se comprometia, despues de su promocion al pontificado: 1°. á absolver al rey de todas las censu-

ras con que le castigó Bonifacio VIII; 2°. á reconciliarlo sin restriccion con la Iglesia; 3°. á otorgarle por cinco años los diezmos de todos los bienes eclesiásticos; 4°. á tachar la memoria de Bonifacio VIII y borrar su nombre del catálogo de los papas; 5°. á elevar al cardenalato todos cuantos candidatos le presentare, y á restablecer á los Colonnas. Quedaba secreta la sexta condicion, que se reservaba el rey dar á conocer á su tiempo. Ahora bien, todo esto es falso y calumnioso: el solo testimonio primitivo contemporáneo es Villani. Ninguno de los numerosos cronistas de aquel tiempo hace mencion, ni aun indirecta, de semejante compromiso, que hubiera hecho de Clemente V un papa intruso y simoníaco. Cuando se trata de tan grave acusacion contra un papa, reconocido universalmente por legítimo, son necesarias pruebas irrefragables: y no existen ni aun dudosas. En primer lugar, Villani se ha mostrado constantemente enemigo de los papas que residieron en Francia. Italiano de nacimiento, no les perdonaba haber dejado á Roma por fijarse en Aviñon. 2°. Su narracion, que no se apoya en documento ni testimonio alguno, está formalmente desmentida por el decreto de eleccion, donde se dice que el arzobispo de Burdeos fué nombrado por via de *escrutinio*. 3°. En fin, su narracion implica supuestos increíbles. Es increíble en efecto que Villani, solo, haya sido instruido de un hecho que sus contemporáneos, iniciados en los negocios eclesiásticos y políticos de la Europa, han ignorado completamente; es increíble que los cardenales de la *faccion güelfa*, cuyo engaño debió de ser irritante, sobre todo cuando el nuevo pontífice les hubo hecho venir al otro lado de los Alpes, no hayan hecho la menor protesta ni queja sobre hecho semejante que no podian ignorar; es increíble que Felipe el Hermoso no haya invocado jamás á su favor un argumento tan poderoso, y que lo tendria en su mano, para apresurar la ejecucion de artículos así jurados; que no haya echado en cara misma á Clemente V su juramento, sobre todo cuando este papa, en lugar de condenar la memoria de Bonifacio VIII, proclama, al contrario, que fué legítimo ponti-



fice, y que su doctrina habia sido siempre irreprochable. En vista de tantas imposibilidades materiales y morales, es una pura ficcion de espíritu de partido el pretendido parte entre Clemente V y Felipe el Hermoso.

17. Los enviados del conclave estaban encargados de entregar á Clemente V, á mas del decreto de eleccion, una carta del conclave en que le solicitaban los cardenales con la mayor instancia viniera á Perusa. « Os suplicamos, santísimo Padre, » le decian, vengais al lugar de vuestra silla; porque la barca » de Pedro se halla agitada por las olas, se rompe la red del » pescador, y ha desaparecido la serenidad de la paz con los » nubarrones de la tormenta. Los dominios de la Iglesia » romana y provincias adyacentes arden en guerras. Santísimo Padre, venid á socorrerlas y apaciguarlas con vuestra » presencia. » Clemente V no accedió á sus instancias. Habia sido testigo ocular de las discordias políticas que asolaban la Italia; sabia que el sacro colegio se hallaba dividido en dos facciones rivales, que traian su origen y raíz de las querellas de la península. En lugar de anunciar su partida para Italia, intimó á los cardenales, que se hallaban en Perusa, la orden de presentarse lo antes posible en Lyon, ciudad que habia escogido para su coronamiento. Mas tarde, en 1309, fijó definitivamente la corte romana en Aviñon, capital del Condado Venesino, provincia que entonces dependia de los dominios pontificios. Clemente V, al tomar este partido, no obedeció á un sentimiento de baja condescendencia hácia Felipe el Hermoso; porque, ni aun segun Villani, no hacia parte de sus mentidas condiciones la traslacion de la Santa Sede. Por otra parte, la ciudad de Aviñon no pertenecia al rey de Francia; y fijando allí el papa su residencia, no dejaba los Estados romanos, y se sustraia á las fastidiosas y bulliciosas querellas, desuniones y sediciones populares, que sin cesar renacian en Italia. Desde hacia siglo y medio, Roma habia sacudido el yugo honroso de la Santa Sede, y se habia constituido en foco de todas las revoluciones, en centro de la anarquía. No habia comprendido el destino providencial que ocupaba en la histo-

ria del catolicismo; y habia querido tener su república como Pisa y Florencia. En lugar de ser señora y maestra de las naciones, habia llegado á ser el hazmereir del mundo. Sin el papa, Roma no es sino una inmensa ruina; sus sillares recuerdan glorias pasadas, mas no ofrecen porvenir. Era necesario que el momentáneo alejamiento de los papas le diese esta gran leccion de experiencia. El resto de la Italia habia sido cómplice, mas ó menos, de esta ingratitud de los Romanos. Muy frecuentemente el vicario de Cristo habia sido ó vendido ó abandonado por la amistad de los Césares. El atentado indigno cometido contra Bonifacio VIII estaba aun presente á todos los ánimos y se sabia que italianos, en número, se habian coligado con el rey de Francia para ultrajar la majestad pontifical. Era ya llegado el tiempo en que se encontrase un papa que dijese: « Roma no está ya en Roma; Roma está » donde yo estoy. » Este papa fué Clemente V. La traslacion de la Santa Sede, decidida por él, fué para los Romanos un castigo, y una leccion. Resultaron empero consecuencias deplorables; mas no se puede culpar directamente de ellas á la memoria de Clemente V.

18. Apenas tomó posesion el papa del gobierno de la Iglesia, Felipe el Hermoso insistió con él para hacerle revocar todas las bulas de Bonifacio VIII, la solemne condenacion de este papa y cancelacion de su nombre del catálogo de los soberanos pontífices. Clemente V no tenia la emprendedora energía de Bonifacio VIII, y no pensaba como este en domar las resistencias á fuerza descubierta; pero tenia la tenacidad perseverante que amortigua las pasiones con el tiempo y la longanimidad. San Benedicto XI ya habia alzado las censuras eclesiásticas, lanzadas personalmente contra Felipe el Hermoso: Clemente V renovó esta absolucion. Alzó las prohibiciones particulares contenidas en la bula *Clericis laicos*. Todas estas cuestiones en nada tocaban á la cuestion dogmática; por otra parte no eran ya las actuales circunstancias las mismas que hicieron obrar á Bonifacio VIII. En su consecuencia, la conducta del papa era y debia de ser necesariamente diversa. Mas no satisficieron á



Felipe el Hermoso estos primeros actos de condescendencia, é insistía particularmente en la anulacion de la bula *Unam sanctam*. Esta constitucion de Bonifacio VIII era en efecto fundamental; y definia perentoriamente que la potencia temporal estaba sometida á la del pontífice romano, y que los príncipes eran responsables y estaban sujetos á su tribunal por lo que toca á la conciencia. Felipe el Hermoso exigió la supresion definitiva de esta bula; mas Clemente V se negó redondamente. Antes bien declaró que esta decision doctrinal estaba fundada en hecho y en derecho. Para disimular esta negativa y precaver los excesos que podria cometer el impetuoso carácter del rey, consintió el papa en hacer una declaracion que garantizaba á la vez los derechos de la verdad y las pretensiones del monarca. « Si dejamos subsistir la bula *Unam sanctam*, dice, es en la » inteligencia de que no cause el menor perjuicio al reino de » Francia. Nuestra voluntad es que las cosas queden en el ser » y estado en que se hallaban antes de su publicacion. » Como hemos visto, la bula *Unam sanctam* nada habia innovado. Bonifacio VIII no habia querido, al promulgarla, crear nuevos derechos á favor de la Santa Sede; solo habia pretendido mantener los antiguos. Clemente V estaba pues de acuerdo con Bonifacio VIII: la conducta diferia en la forma, mas era la misma en el fondo: así es que el resultado fué idéntico. Cuando Felipe el Hermoso, prosiguiendo con nuevo furor sus proyectos de venganza insistió porque fuese condenada la memoria de Bonifacio VIII y borrado su nombre de los sacros dípticos, Clemente V respondió á esta increíble pretension con el mismo sistema de blanda y prudente firmeza que tan bien le habia salido hasta entonces. Permitió á todos los acusadores de Bonifacio VIII produjesen sus quejas y agravios. De todos los puntos de Europa llegaron con brevedad á Aviñon innumerables memorias y alegatos de los teólogos reales, de los partidarios de la familia de los Colonnas y hasta del mismo Nogaret. Los soberanos de la catolicidad, alarmados de tan extraordinario movimiento, y no adivinando las intenciones de Clemente V, le suplicaron suspendiese tan odiosos debates. Y cabalmente

el papa quiso prevaleciese la política opuesta en esta grave cuestion. Porque si se hubiese negado á oír á sus acusadores, estos no habrian dejado de desechar su sentencia como tachada de parcialidad. Por esta razon los citó á todos el papa ante su tribunal para el 23 de setiembre de 1309. El proceso se abrió con la mayor solemnidad. El pontífice presidió en persona á estos debates. Despues que se hubieron desfogado todos los acusadores, y que nada les quedaba por vomitar, se dió la palabra á los defensores. Estos se habian preparado con el mayor cuidado [y se habian provisto de gran número de pruebas de descargo] por órdenes privadas del soberano pontífice: y respondieron á todos los cargos con limpieza, precision, claridad y verdad [por manera que quedaron triunfantes]. Felipe el Hermoso y sus abogados no esperaban semejante incidente. Atolandrado por su descalabro moral y previendo mala salida para él, se decidió bruscamente á abandonar todo procedimiento ulterior (año 1311). Declaró deferir pura y simplemente á la decision de Clemente V, ora la pronunciase por sí mismo, ora por el órgano de un concilio general, que debia celebrarse muy pronto en Viena de Francia. Esto era cabalmente lo que deseaba Clemente V. Satisfecho de haber llenado su objeto, difirió la sentencia definitiva á fin de darle la sancion solemne de un concilio ecuménico. Entonces, con la plenitud de su autoridad apostólica, con el asentimiento de los Padres, á la faz del mundo católico, Clemente V declaró en una bula que era inatacable la memoria de Bonifacio VIII, que este gran papa habia merecido bien de la Iglesia y de la humanidad.

19. Otro motivo mas grave, si es posible, habia determinado á Clemente V á convocar el concilio general de Viena. Estaba entonces el mundo católico exclusivamente preocupado de la supresion de un orden militar y religioso, nacido de las cruzadas, y á quien debieron estas gran parte de su gloria. Este acontecimiento, que ha hecho célebre para siempre al concilio de Viena, excita las mas vivas simpatías en unos, la mayor animosidad en otros. Hasta cierto punto ha sido uno de los problemas de la historia: pues faltándonos las pruebas impor-



tantes del proceso, pruebas que probablemente no se conocerán nunca, nos es imposible decidirnos con perfecto conocimiento de causa. Pero si el fondo de la cuestión ha quedado oscuro; si la dificultad intrínseca de averiguar la verdad es real, la conducta del pontífice en esta ocasión es perfectamente clara é inequívoca, como resulta de los testimonios contemporáneos. Tratemos de darla á conocer. Ya había florecido durante dos siglos en la cristiandad el orden de los Templarios; y su origen venía del primer fervor de las guerras santas. En su principio no había tenido otro objeto que el de proteger á los peregrinos contra los ataques y barbarie de los Musulmanes, así como de vigilar por la seguridad de los caminos que iban á Jerusalem. Poco á poco, sea necesidad de batirse de continuo contra los infieles que asaltaban los caminos, sea gusto natural por la guerra, esta orden llegó á ser puramente militar. En tanto que los Templarios estuvieron pobres, fueron ornamento de la religión por sus virtudes, como ya lo habían sido por su valor: así es que san Bernardo, en medio del siglo XII, celebró su celo, su amor á la Iglesia, su piedad, su valor, y tales elogios eran muy merecidos. Pero cuando fueron enriquecidos por la munificencia de los príncipes, se introdujeron los vicios en su seno; perdieron el espíritu de su vocación y principió su decadencia (1). Se vió á estos mismos caballeros, cuyo objeto primitivo era imitar la sencillez del Salvador, mostrar una magnificencia escandalosa, habitar en palacios suntuosos y tratar como de igual á igual con los reyes. Se vió á estos caballeros, á quienes solo debía animar la caridad, hacerse vanos y violentos, sustraer los diezmos y primicias destinadas á la Iglesia y aun apoderarse de sus bienes (2). Ya en 1218 se quejaba Ino-

(1) «Postquam vero divitias regales impetrassent Templarii, humano more, quo ardentis fortunæ blanditias insolenter plerumque accipimus, cristam erexere. — Ob superbiam et tyrannidem fere ab omnibus historicis reprehensi sunt.» (Gurtler, *Hist. Templ.*, p. 248.)

(2) «Neglecta humilitate, domino patriarchæ Hierosolimitano se subtraxerunt, obedientiam ei denegantes; sed et ecclesiis Dei decimas et primitias subtrahentes, et eorum indebite turbando possessiones facti sunt valde molesti.» (Guill. de Tyr., lib. XXII.)

éncio III de que: «Los Templarios hollaban el respeto debido á la Santa Sede y que ya habían merecido por su indisciplina perder los privilegios que se les habían otorgado (1).» Sin embargo, mientras duró en la Palestina la guerra entre los cristianos y Musulmanes, las hazañas que hacían en pro de la religión hicieron olvidar las acusaciones contra su vida privada. Pero conquistada Ptolemáida, y cerrado el teatro de sus gloriosas hazañas, comenzaron á tomar cuerpo los rumores de su conducta privada, pero sin que nadie osase profundizarlos, ni declararlos abiertamente. Pero [sea codicia según unos, sea envidia según otros, sea en fin enemistad personal] Felipe el Hermoso se declaró su terrible adversario, y se valió de los rumores esparcidos para llevar á cabo el golpe que meditaba.

20. El 13 de octubre de 1307, debía abrirse en toda la Francia á la misma hora un edicto real para que todos los Templarios, sin exceptuar el gran maestro, fuesen presos, incomunicados y confiscados todos sus bienes. Se verificó este golpe de Estado con notable secreto y puntualidad. Clemente V se hallaba entonces en Poitiers, y muy desprevenido de este negocio. Mas al saberlo, escribió al rey una carta enérgica reclamando contra el atentado cometido contra la jurisdicción eclesiástica, pues que los Templarios eran una orden religiosa que dependía directamente de la Santa Sede apostólica. «Habeis traspasado, dijo al rey, los límites de vuestro poder, constituyéndoos juez de súbditos inmediatos de la Iglesia y apoderándoos de sus posesiones.» Y para mostrar que no se atenia á una bula, suspendió los poderes de los arzobispos, prelados, obispos é inquisidores de Francia, y avocó el negocio á su tribunal; envió inmediatamente á París legados con expresa misión de reclamar las personas y bienes de los Templarios, y restablecer en todo el orden legal. Desde este momento la conducta del papa se muestra independiente de la del rey de Francia. El arresto repentino, la iniciativa del pro-

(1) Et licet per hæc et alia nefanda quæ idcirco plenius exaggerare subsistimus, ne cogamur gravius vindicare, apostolicis privilegiis, quibus tam enormiter abutuntur, essent merito spoliandi.» (Bula de Inoc. III, Dupuis, pág. 441.)